

Jue
12
Nov
2015

Evangelio del día

[Trigésimo segunda semana del Tiempo Ordinario - Año Impar](#)

Hoy celebramos: **San Josafat (12 de Noviembre)**

“A la sabiduría no le puede el mal”

Primera lectura

Lectura del libro de la Sabiduría 7, 22 – 8,1.

La sabiduría posee un espíritu inteligente, santo, único, múltiple, sutil, ágil, penetrante, inmaculado, diáfano, invulnerable, amante del bien, agudo, incoercible, benéfico, amigo de los hombres, firme, seguro, sin inquietudes, que todo lo puede, todo lo observa, y penetra todos los espíritus, los inteligentes, los puros, los más sutiles.

La sabiduría es más móvil que cualquier movimiento y en virtud de su pureza lo atraviesa y lo penetra todo.

Es eflujo del poder de Dios, emanación pura de la gloria del Omnipotente; por eso, nada manchado la alcanza.

Es irradiación de la luz eterna, espejo límpido de la actividad de Dios e imagen de su bondad.

Aun siendo una sola, todo lo puede; sin salir de sí misma, todo lo renueva y, entrando en las almas buenas de cada generación, va haciendo amigos de Dios y profetas.

Pues Dios solo ama a quien convive con la sabiduría.

Ella es más bella que el sol y supera a todas las constelaciones.

Comparada con la luz del día, sale vencedora, porque la luz deja paso a la noche, mientras que a la sabiduría no la domina el mal.

Se despliega con vigor de un confín a otro y todo lo gobierna con acierto.

Salmo de hoy

Salmo 118,89.90.91.130.135.175 R/. Tu palabra, Señor, es eterna

Tu palabra, Señor, es eterna,
más estable que el cielo. R/.

Tu fidelidad de generación en generación;
fundaste la tierra y permanece. R/.

Por tu mandamiento subsisten hasta hoy,
porque todo está a tu servicio. R/.

La explicación de tus palabras ilumina,
da inteligencia a los ignorantes. R/.

Haz brillar tu rostro sobre tu siervo,
enséñame tus decretos. R/.

Que mi alma viva para alabarte,
que tus mandamientos me auxilien. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 17, 20-25

En aquel tiempo, los fariseos preguntaron a Jesús:
«¿Cuándo va a llegar el reino de Dios?».

Él les contestó:

«El reino de Dios no viene aparatosamente, ni dirán: “Está aquí” o “Está allí”, porque, mirad, el reino de Dios está en medio de vosotros».

Dijo a sus discípulos:

«Vendrán días en que desearéis ver un solo día del Hijo del hombre, y no lo veréis.

Entonces se os dirá: "Está aquí" o "Está allí"; no vayáis ni corráis detrás, pues como el fulgor del relámpago brilla de un extremo al otro del cielo, así será el Hijo del hombre en su día.

Pero primero es necesario que padezca mucho y sea reprobado por esta generación».

Reflexión del Evangelio de hoy

A la sabiduría no le puede el mal

Los versículos del libro de la Sabiduría que hoy se proclaman en la liturgia, me producen, en esta ocasión, una primera impresión de asombro. No es frecuente encontrar en la Escritura (no me atrevo a decir que ni siquiera en la literatura en general) la descripción de una realidad a través de una interminable enumeración de características que pretenden acercarnos de algún modo a la comprensión de algo que supera nuestra capacidad de "ver y tocar".

Cuando nosotros hablamos de sabiduría, lo normal es que nos estemos refiriendo a una acumulación de conocimientos adquiridos a través del estudio intenso y prolongado. Aquí se nos presenta esencialmente como don de Dios -en algunos momentos se diría que como el don que Dios nos hace de sí mismo- que se derrama en nosotros, sus criaturas. Pero habría que matizar que siendo gratis no es barata. En nuestro texto, y en todo el contexto que le rodea de los capítulos 6 al 9 del libro de la Sabiduría, este tesoro necesita receptores con unas ciertas características, que no son las vinculadas al esfuerzo y los méritos que a veces pretendemos acumular. Hablaríamos de personas que la desean, que buscan, que suplican, que esperan, que la aceptan y acogen con la alegría de haber recibido el tesoro más valioso.

Mirándonos en el espejo de toda esa pléyade de palabras y expresiones que intentan expresar lo que es la sabiduría podríamos, tal vez, descubrir si existe en nosotros esa disponibilidad interior para acogerla. Pero hay algo que me gustaría subrayar de manera especial: comparada con la belleza del sol, la sabiduría sale ganando, porque aquel ha de dejar paso a la noche, mientras que a la sabiduría no le puede el mal.

Dada la evidente presencia del mal, en tan diversas formas, a lo largo y ancho del mundo, supliquemos esa sabiduría que nos permita afrontarlo adecuadamente, sin quebrarnos, y ahondemos en la esperanza que supone esa promesa de que el mal no va a prevalecer sobre ella. Esa convicción nos dará la fuerza para implicarnos en la curación de tanta injusticia, de tantas heridas abiertas en nuestro mundo.

El Reino de Dios ya está dentro de vosotros

Jesús es un auténtico especialista en dar la respuesta que considera oportuna en cada momento, aunque ésta no coincida con las preguntas que le dirigen. Los fariseos, conocedores y cumplidores de la ley, andaban bastante desconcertados con Jesús y su predicación del Reino. Y quieren saber cuándo será eso...

Jesús se las arregla para seguir desconcertándoles incluso más. Pero cuanto dice a los fariseos está dirigido a cada uno de los que escuchamos su evangelio. Y hay, en estas pocas líneas, al menos tres cosas preciosas que rescatar.

- a) El Reino no va a llegar de manera espectacular. No sé cómo lo esperamos cada uno de nosotros, pero lo realmente importante es tratar de rastrear las señales de Reino que Jesús ha dejado, tal vez imperceptibles por su sencillez, pero inequívocas. Precisamos de oídos atentos, ojos abiertos y corazón vigilante para reconocerlos.
- b) Nos dirán: "está aquí, está allí". La tentación de dejarnos llevar por determinados liderazgos de todos los "pelajes". Y la advertencia de Jesús: no vayáis.
- c) "El Reino de Dios está ya dentro de vosotros" ¿Cómo? Aviso urgente para todos aquellos que, quizás sin tener conciencia de ello, llevamos puestas las gafas de no ver, o las de ver sólo lo negativo... es hora de aplicarse con todo el interés a descubrir los signos del Reino que están entre nosotros. Diez minutos al día de búsqueda y reconocimiento es posible que nos vayan cambiando la vida.



Hna. Gotzone Mezo Aranzibia O.P.
Congregación Romana de Santo Domingo

San Josafat

En Polonia se había conseguido aceptar el Concilio de Trento en 1564, que había terminado el 4 de diciembre de 1563, lo que sirvió de base para la restauración católica del país, que luego fue consolidándose a lo largo de los veinte años siguientes. Cuando en 1580 nació en Vladímir (Polonia) Juan Kuncewicz, de padres fielmente ortodoxos, se fundaban en Polonia varios seminarios para las formación del clero, por iniciativa del primado Estanislao Karnkowski, que murió en 1603. Esta obra de renovación católica se completaba, gracias al rey Segismundo III (1587-1632), al que ayudaron en la tarea varios prelados y, sobre todo, los jesuitas, los dominicos y los basilianos reformados, con la unión de los orientales a la Iglesia de Roma en el sínodo de Brest en 1596, aprobados por el papa Clemente VIII. Los mtenos uniata conservaron, después de la unión, su liturgia propia, su clero casado y sus costumbres orientales.

De la ortodoxia al catolicismo

Poco después, Juan Kuncewicz se convirtió a la fe católica, adhiriéndose a la Iglesia rutena unida, después de abandonar el comercio en Vilna (Lituania), centro intelectual y religioso de los rutenos, que habían sido evangelizados por los griegos, los cuales, tras el cisma de Focio (siglo X), y Miguel Cerulario (1054), se habían separado de Roma para unirse a Bizancio.

Comprendió Juan que sólo los monjes, como ascetas y cultivadores de la liturgia, podían convertir a los hermanos rutenos, por lo que Juan ingresó en 1604 en el monasterio de la Santísima Trinidad que la Orden de San Basilio tenía en Vilna, tomando el nombre de Josafat. Ordenado sacerdote, con su amigo Rutski (metropolitano más tarde), emprendió la reforma de los basilianos. Además se dedicó a la predicación para convertir a los hermanos separados y publicó un libro apologético que recogía sólo textos eslavos en defensa de la unidad de la Iglesia (1617).

Objetivo: la unidad de la iglesia

Fue ordenado obispo coadjutor del arzobispo de Pólotsk, a quien sucedió en dicha sede en 1617. En un país muy cercano a Moscú, donde había muchos cismáticos, Josafat sintió que su vocación era la de difundir la fe católica entre los rutenos, por lo que trabajó infatigablemente por la unidad de la Iglesia. Buscó toda clase de argumentos que pudieran contribuir y confirmar esta unidad, sobre todo, estudiando atentamente los libros litúrgicos que usaban los mismos orientales separados. Celebró sínodos, en los que defendió con gran celo la ortodoxia católica y los derechos de los rutenos, unidos a Roma. Formó al clero, generalmente ignorante y sancionaba a los clérigos que se casaban en segundas y terceras nupcias. Restauró monasterios, y multiplicó sus catequesis al pueblo, para el que escribió un Catecismo elemental. Tenía tal capacidad de convicción y arrastre que llegaron a llamarle «raptor de almas» por las conversiones que conseguía con su palabra y con su vida. Él estaba convencido de que la fuerza de la unión estaba en los dones comunes de los cristianos como el bautismo, la Sagrada Escritura, la vida de la gracia, la fe y la caridad y una tierna devoción a la Virgen María. Sin embargo, todo ello le llevó a suscitar violentas reacciones en la nobleza mena, a la que privó de los beneficios eclesiásticos; en la burguesía, apegada al rito nacional, que temía la introducción de ritos latinos y también en el pueblo, indiferente a las cuestiones de jurisdicción teórica, pero refractario a la modificación litúrgica romana, considerada como una traición.

Estas resistencias partían del patriarca bizantino de Jerusalén, Teófanes III, que estaba de viaje hacia Ucrania en 1621, quien había hecho consagrarse a un metropolitano y a algunos obispos cismáticos para todas las diócesis menas. Teófanes encontró en el gran canciller de Lituania, León Sapieha, un aliado contra Josafat, acusado de comprometer la paz social en un momento en que también Polonia, amenazada por los turcos y por Suecia, necesitaba la ayuda de sus grandes vecinos ortodoxos. Sin embargo, Josafat nunca quiso latinizar a los uniata, pues él mismo no sabía latín ni quiso jamás renunciar a las costumbres eslavo-bizantinas ni a la religiosidad oriental. Él tenía muy claro que católico y latino no se identifican, aunque sus enemigos prefirieron no entenderle.

Josafat trató de disipar dicha acusación, defendiendo a los uniata, pero perseguido a muerte por sus enemigos, los cismáticos fanáticos, que se habían impuesto en Vitebsk mediante una revuelta, fue bárbaramente asesinado en dicha ciudad por un grupo de sicarios, instigados por nobles y por disidentes griegos, cuando, después de celebrar los maitines en la catedral, volvió a su casa. En ella, defendió a sus familiares amenazados por los verdugos, y antes de morir les dijo: «Vosotros me odiáis a muerte, y yo os llevo en mi corazón y me alegraría mucho morir por vosotros». Era el 12 de noviembre de 1623. Su cuerpo fue arrojado al río Dvina, con un saco de piedras atado al cuello. Así rubricaba Josafat una de las páginas más dramáticas del ecumenismo. Ahora su cuerpo se puede venerar en la basílica vaticana bajo el altar dedicado a San Basilio, pero antes, rescatado del río, había sido sepultado en la catedral de Pólotsk; más tarde, en 1764 fueron inhumados en la iglesia local de los basilianos. Durante la Primera Guerra Mundial fueron trasladados a la iglesia greco-ortodoxa de Santa Bárbara en Viena y, finalmente, en 1949 fueron llevados al Vaticano.

Rafael Del Olmo Veros, O.S.A.